

R A Z A *

La distinción de los conceptos de raza y racismo constituye el *leit-motiv* de esta obra de la ilustre antropóloga norteamericana. La raza es un tema que puede ser estudiado científicamente; es un campo de investigación científica, cuyo problema especial es el de las relaciones genéticas entre los grupos humanos. No es una "superstición moderna"; es un hecho. Pero es un hecho biológico que puede producir consecuencias de orden sociológico. El racismo sí es una superstición moderna. La autora lo define como "el dogma según el cual un grupo étnico está condenado por la naturaleza a la inferioridad congénita y otro grupo se halla destinado a una superioridad congénita." Y este dogma, piensa la señora Benedict, no es un tema cuyo contenido pueda investigarse científica, sino históricamente: "Como toda fe que rebasa el conocimiento científico, sólo admite que se le juzgue por sus frutos, por sus prosélitos y sus propósitos ulteriores." Lo que hay que estudiar, pues, son las condiciones de las cuales surge y los fines para los que se ha utilizado.

¿A qué se debe el fenómeno del racismo? ¿Qué condiciones han hecho posible que un pueblo haya podido aceptarlo como dogma y ajustar a él su conducta hasta el punto de provocar un conflicto bélico de envergadura mundial? Y más aún: puesto que el racismo no es epidemia exclusiva de un solo país ¿cómo cabe explicar que se produzca en las sociedades del siglo XX?

En esencia, la afirmación de una postura racista equivale a decir: "yo estoy entre los mejores." Esta afirmación no es nueva en la historia de la humanidad. Desde la tribu primitiva hasta el nacionalismo, pasando por el calvinismo, se había oído muchas veces. Es, como dice la autora: "un grito de combate incluso entre los salvajes más primitivos." Para una tribu su propio grupo son "los hombres"; los demás pueblos son no-humanos; no hay nada de común con ellos; en cambio, el grupo propio se halla protegido por una providencia especial. Este punto de vista de una pequeña tribu no es incompatible con su experiencia; la tribu se basta a

* RUTH BENEDICT, *Raza: Ciencia y Política*. Versión española de Ernestina de Champourcin. 213 p. México, Fondo de Cultura Económica, 1941.

sí misma en la soledad; lo mismo ocurre si la tribu incluye a varios miles de personas: la unidad tribal conoce su propio valor y afirma su importancia única y exclusiva. Pero este grupo tribal no es una raza ni una sub-raza. El antagonismo no ocurre contra individuos de otras razas, sino de otros grupos.

En el mundo antiguo se daba el mismo problema: cuando Aristóteles habla de los escitas y de los asiáticos como inferiores, lo hace desde un punto de vista cultural, no racial. Tampoco en Roma hubo necesidad de liberarse de doctrinas racistas para crear el imperio. Este se engrandeció latinizando a los pueblos que lo integraban, dándoles ciudadanía no sólo jurídica, sino cultural, si es lícito emplear esta palabra. Y el cristianismo hizo desde un comienzo abstracción de consideraciones raciales. “No hay judío ni griego”, dijo San Pablo. La Edad Media siguió manteniendo la misma postura; más aún, en todos los países se producen durante ella las mezclas de raza que hacen que las naciones modernas europeas carezcan de unidad étnica.

Pero el descubrimiento del Nuevo Mundo, al poner a los europeos en contacto con los pobladores de islas y continentes desconocidos, introduce un nuevo factor. Los colonizadores afirman *de facto* su superioridad sobre los indígenas, sometiéndoles y dominándoles. No aparece, sin embargo, el dogma de la superioridad racial hasta tres siglos después. Como el musulmán, el colonizador dividía el mundo en “creyentes” y “paganos”; y si se hacía alguna distinción racial —especialmente por los conquistadores y colonizadores ingleses—, el problema básico no era la diferencia de raza, sino la posesión de tierra.

La expansión europea por todo el globo preparó el terreno al racismo, expresando las antipatías raciales, pero sin presentar el racismo como una teoría filosófica. El racismo no se difundió en el pensamiento moderno hasta que se aplicó a los conflictos europeos, de clase primero y nacionales después.

Suele citarse como primer expositor de la teoría a Gobineau. La señora Benedict señala —certeramente— como primera formulación doctrinal del racismo la del conde de Boulainvilliers. Y subraya —también certeramente— que se formula para defender una posición de clase. Lo que pretendía Boulainvilliers, celoso de su nobleza, era enfrentar a la aristocracia francesa con el Estado absoluto. Los nobles eran descendientes de los *germani* y la monarquía absoluta una idea derivada de la concepción romana del imperio. El estado llano descendía de los galo-roma-

nos; eran los descendientes de los vencidos, predestinados a una posición inferior.

Boulainvilliers no tuvo gran éxito y la Carta Magna del racismo es el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* de Gobineau —francés como Boulainvilliers y como él aristócrata y disconforme con los rumbos de la política de su país. Gobineau formula una doctrina racista para justificar las pretensiones de una aristocracia a un puesto preeminente en el Estado, basándolas en una superioridad intrínseca derivada de sus ascendientes arios, únicos que tenían energía reflexiva, perseverancia, instinto de orden, amor a la libertad y honor. Pero como no hay en Europa ningún pueblo étnicamente puro, la doctrina de Gobineau no es nacionalista. Sólo individualmente es posible identificar a los superhombres arios. Gobineau no estaba por los franceses, ni por los alemanes; defendía la aristocracia; trataba de asegurar unos privilegios de clase; el sentimiento de clase predominaba en él sobre el sentimiento de nacionalidad.

El nacionalismo de finales del siglo pasado sacó del olvido el *Ensayo* de Gobineau y convirtió el racismo en grito de guerra de las distintas naciones. Pero fué Alemania quien dió importancia política a la obra de Gobineau, especialmente a partir de *Los fundamentos del siglo XIX*, de H. S. Chamberlain. Las primeras tribus germánicas dejaron sus herederos, no entre los aristócratas de los distintos países europeos, como pretendió Gobineau, sino entre los teutones que colonizaron y defendieron Alemania. Ya no se trata de los nórdicos de pelo rubio y cráneo estrecho; en Alemania hay rubios y castaños, de cráneo estrecho y —la mayoría— de cráneo ancho. Los teutones no eran sólo los germanos, sino también celtas y eslavos. El mestizaje de estas tres razas había evitado la esterilidad, contribuyendo a la grandeza alemana. Ningún alemán quedaba excluido del concepto racista de Chamberlain. Para ello hubo de forzar las doctrinas de Gobineau y recurrir a rasgos no biológicos para definir la raza. Sólo la raza teutónica siente el liderazgo y profesa una lealtad inmovible al jefe de su elección. Quienes sientan como alemanes, lo son, aunque su genealogía sea distinta. “Todo el que se revela alemán por sus actos, sea cualquiera su árbol genealógico, lo es.” El concepto de raza deja de tener así sentido, pero el racismo es utilizado como ideario político.

La boga del libro de Chamberlain en la Alemania de anteguerra fué extraordinaria; su difusión, enorme. Tras la derrota, el racismo se ha convertido en base oficial de su política, polarizándose en torno a una cabeza de turco que aparece como responsable de todos los males de Alemania: el judío.

Pero triunfante el Tercer Reich, el racismo ha tenido que aceptar desviaciones aún más curiosas: para Chamberlain, la grandeza alemana se basaba en el mestizaje de teutones, celtas y eslavos. La oposición a Rusia hizo que los eslavos pasasen también a ser enemigos cuando la política alemana fué de oposición a la U. R. S. S., es decir, hasta el pacto germano-ruso. La alianza con Italia, y luego con el Japón, provocó nuevas dificultades, más difíciles de resolver. Se recurrió a la infiltración de sangre nórdica en el norte de Italia; no en balde Chamberlain había hecho teutones a Miguel Angel y al Dante. El caso del Japón era más espinoso. Hacer arios a los amarillos estaba reservado a los universitarios nazis. (Ya Bismarck había dicho que siempre encontraba un profesor que justificase sus actos.) Hans Gunther, profesor de Jena, no ha tenido inconveniente en afirmar que los nórdicos se hallan entre los antepasados de los japoneses. Y Rosenberg ha declarado que los líderes japoneses ofrecen las mismas garantías biológicas que los alemanes.

El racismo no ha sido exclusivo de Alemania, siquiera sea en este país donde haya alcanzado mayor influencia. En Francia, América e Inglaterra se han sostenido doctrinas semejantes. ¿Cuál es la explicación? El racismo nacionalista ha sido, dondequiera que miremos, el disfraz de un patriotismo chauvinista, utilizado para derivar consecuencias políticas. Los pueblos desesperados agradecen que se les ofrezca una víctima y el racismo les dice por una parte que son los pueblos elegidos, y por otra les ofrece una víctima propiciatoria. “Si el judío no existiera, habría que inventarlo”, dijo en una ocasión Adolfo Hitler —si hemos de creer a Rauchsning.

El conocimiento científico acerca de la raza contradice la idea de que el progreso humano sea obra de una raza o que pueda confiarse en el porvenir a un programa de higiene racial. El racismo ha sido una deformación del espíritu científico, utilizada para fines que no tienen nada de científicos. ¿Cómo ha podido alcanzar la importancia que hoy tiene una doctrina que, científicamente, es un cúmulo de absurdos y mistificaciones? ¿Cómo ha podido lograr cubrirse con el manto de “científica”?

La afirmación de la superioridad del propio grupo y la intolerancia de los ajenos no son cosa nueva. Toda la historia de las persecuciones religiosas en la Edad Media o en la moderna es una serie de ejemplos de ambas cosas. El motivo público era conservar la pureza de la fe. Sociológicamente, la incautación de los bienes de los perseguidos parece tener más importancia. Lo que ha cambiado es el motivo, pero el hecho de la persecución sigue siendo el mismo. Quienes se oponen a las transformaciones sociales

las combaten como pueden y buscan, consciente e inconscientemente, razones para creer que su grupo tiene valor supremo y que sus competidores amenazan la obra de la civilización. La consigna del momento varía según las circunstancias. Los lemas raciales tienen por objeto —como antaño los religiosos— justificar las persecuciones en interés de una clase o de una nación. Pero como la palabra “ciencia” es algo que hoy equivale a un conjuero, utilizándola como marbete se puede propagar lo mismo un cosmético que la persecución.

Ello explica que se haya recurrido a las consignas racistas para justificar la persecución. En los pueblos de la civilización occidental hay mezclados muy distintos linajes. El racista hace oír sus gritos de guerra, no porque pertenezca a una raza pura, sino precisamente porque eso no es verdad. De ahí que los pueblos más mestizos sean los que lancen la consigna de pureza racial. Desde el punto de vista de la persecución es inevitable. Los gritos de guerra se lanzan contra gentes con las que hay contacto, no contra desconocidos con los que no hay relación.

Lo importante en el “conflicto de razas” es, pues, el “conflicto” y no la “raza”. La desavenencia no es de origen racial. Es una consecuencia de los conflictos sociales y económicos. La manera de que desaparezcan es que los hombres trabajen juntos para el bien común. La eliminación de los conflictos de raza es, así, una obra de ingeniería social. La solución está en “hacer funcionar la democracia”. Pero ello tiene un precio que hay que pagar. No importa, resume la señora Benedict: la alternativa es pagar lo que le cuesta a la Alemania nazi su nuevo orden social: la degradación del nivel de vida, la brutalización, la negación de los derechos humanos y el sabotaje de la vida científica e intelectual. Y ese precio es más elevado que el que nos cobra la democracia.

Tal es, en sus líneas generales, la argumentación desarrollada en la obra. Es de justicia añadir que las conclusiones de orden científico están apoyadas por buen número de datos, expuestos con sencillez y claridad.



**No rompa
la fila!**

Si deja de tomar parte en nuestros sorteos puede Ud. perder muchos miles de pesos.

LUNES

\$ 25.000.00

MIERCOLES

\$ 12.000.00

VIERNES

**\$ 100.000.00
&
\$ 200.000.00**

